

deben estar llenos de una rabia que se desatará en cuanto halle una válvula de escape. Por ejemplo, el hombre dijo a su esposa: «¿No quieres tomar asiento, mi amor?». Para mí, ésta es la prueba de que el marido, en su subconsciente, deseaba verla situada por debajo de él. No cabe duda que él quería mirarla desde arriba, porque teme en secreto la fuerza dominante de su mujer.

Yo: Quizá pensaba que podría estar cansada.

Él: ¿Puro altruismo? El altruismo es una ilusión. El ser humano es egoísta e instintivo por naturaleza y, cuando suelta la red de la caridad, siempre está pensando en su propia satisfacción. En cualquier caso, la mujer no tomó asiento. Dijo que no merecía la pena para una conversación tan breve. Por tanto, estaba contradiciendo a su marido, por lo que deduje que quería subyugarlo y someterlo de verdad allí donde pudiera.

Yo: ¿Y la conversación se prolongó hasta el punto que hubiera valido la pena sentarse?

Él: Oh, no. Sólo duró unos minutos. De hecho, fue un malentendido. ¡Ja! ¡Un malentendido, pero no es para reñirme! ¡Aquella gente debía tener unos conflictos internos enormes para haber acudido inconscientemente a un especialista!

Yo: Entonces, ¿qué tipo de ayuda habían ido a buscar a su consulta si todo era tan armonioso?

Él: Pues ninguna. Al final, dijeron que se habían equivocado de puerta. Querían ir a la agencia de viajes de al lado...

Antes hemos hablado de la «restauración de la jerarquía de valores sana y natural». Habría que añadir algunas consideraciones a este respecto, porque muchas personas caen en crisis relacionadas con sus posibilidades de elección y jerarquías de valores.

Supongamos que un hombre tiene en su lugar de trabajo a un superior injusto que le humilla. El hombre se pregunta si debe decirle abiertamente a su superior lo que piensa de él para no perder su propia dignidad con el tiempo, o bien si debe mantener la boca cerrada para no poner en peligro su empleo.

La protesta o el enfado no es siempre la mejor solución, aunque desde la psicología se abogue con frecuencia por ella, sólo para evitar el riesgo de caer en un «estancamiento emocional». Sin embargo, ¿de qué sirve una «evacuación emocional» si después todo se hace añicos? Al ponderar las distintas posibilidades de elección, habría que elegir siempre aquella que forme parte del valor «más alto en cada momento» del sistema de valores propio, porque sólo para un valor elevado se está dispuesto a pagar también un precio alto. Pero ¿quién determina cuál es el «valor más alto en cada momento» de una persona? No es la arbitrariedad, sino el sentido del momento (Frankl).

Cada sistema de valores personal, si es adecuado al individuo, es rico y variopinto. Abarca personas, cultura y naturaleza, aspectos musicales y sociales. Pero el sentido del momento se mueve entre los contenidos de la vida considerados valiosos y destaca la actualidad de los valores. Alguien puede ser un apasionado violoncelista y, pese a ello, el sentido del momento le recomienda que arregle una cañería rota que gotea sobre el suelo de la cocina. El valor de la vivienda no acostumbra a estar por encima del valor de la música, solamente «espera el turno adecuado» para reclamar el servicio y la atención del afectado.

Volvamos al ejemplo del hombre con el superior injusto. ¿Debe luchar? ¿Debe aguantar? Quizá tiene un hijo que todavía está en la universidad y que depende de la ayuda económica de su padre. En ese caso, mantener su puesto de trabajo tiene para el padre un valor alto y completamente actual. En cambio, la experiencia liberadora de plantar cara al superior pasa a segundo plano. Pero quizá la situación es otra. Quizás el hombre es independiente y emprendedor, y puede encontrar un nuevo empleo con bastante facilidad. En tal caso, será para él el «momento ideal» para enfrentarse a la conducta de su superior.

Al tomar su decisión, este hombre experimentará una buena sensación si decide desde una fuerza interior. *Por* la licenciatura de su hijo, *por* la justicia en la empresa... Siempre tendrá que acarrear con algo, ya se trate de humillaciones posteriores, enfrentamientos amargos o, incluso, la pérdida del puesto de trabajo. Pero sólo el conocimiento del valor elevado *por* el que él actúa le concederá la resistencia mental necesaria. En cambio, el hombre tendrá una mala sensación si decide desde su debilidad interior; es decir, si se subleva encarnizadamente *por* un arrebató repentino de ira sin pensar en las consecuencias, o si se doblega por pura cobardía.

De aquí podemos aprender que no todos nuestros valores «esperan su turno» en cada momento para ser realizados. Las virtudes de la serenidad y la abstinencia también son aplicables en relación con nuestros valores. El sentido del momento los ordena jerárquicamente y sólo nuestra más profunda voz de la conciencia está en disposición de captar este orden. Si lo ignoramos, lamentaremos algún día nuestra decisión, porque habremos pagado nuestro precio por algo de segundo o tercer orden, mientras que lo de primer orden se ha quedado en el camino.

A veces sucede que dos valores se presentan en nuestra jerarquía actual en un mismo nivel. En casos así, el sentido del momento exige un compromiso que los contemple a ambos. Así, continuando con el ejemplo anterior, el hombre podría tomar la decisión de hablar tranquila y amistosamente con su superior cuando llegue el momento oportuno y pedirle más comprensión por la situación de los empleados. Un compromiso con el cual el hombre no tendría que tragarse todos los insultos, pero tampoco se vería amenazado con un despido. Esta clase de compromisos son verdaderas «obras de arte», siempre que no sean «compromisos vagos», es decir, que surjan del amor por la reconciliación y no de una voluntad de escapar de posiciones claras.

Una vez conocí a un hombre que había ingresado en una clínica psiquiátrica a causa de una depresión grave y que no respondía a ninguna terapia. Al comprobar su historial, se supo que su esposa había sufrido un accidente de tráfico quince años atrás y había necesitado cuidados desde entonces. La tenían que lavar, darle de comer, llevarla al lavabo y apenas se valía por sí misma. El marido la había atendido y cuidado en casa durante catorce años, compaginando todo ello con su trabajo diario. Durante catorce años había renunciado a muchos placeres, como viajes y excursiones, y había dedicado todo su tiempo libre a la mujer. Pero durante aquellos catorce años, el hombre se había mantenido sano.

En aquella época, los amigos y familiares intentaron convencerle de que estaba desperdiciando su propia vida sin que su mujer estuviera particularmente bien atendida, y que lo único razonable era llevarla a un sanatorio donde la pudieran cuidar como se merecía. Le decían que tenía que disfrutar de la vida y que ello no era posible con el «lastre» de su esposa enferma. Tras catorce años, sucumbió a las presiones bienintencionadas de sus amigos y alojó a su mujer fuera de casa. Cuando apenas había pasado un año, el hombre ingresó en el psiquiátrico.

Varios terapeutas se encargaron de él y le recetaron no pocos medicamentos, pero nada podía atravesar su desinterés por el mundo y la vida. Era como si hubiese levantado una pared a su alrededor. Muy pronto, los terapeutas llegaron a la opinión unánime de que el encadenamiento de catorce años a una mujer necesitada de cuidados y las distintas renunciaciones —incluidas las sexuales— habían provocado en el hombre unos daños psíquicos que le impedirían convertirse en un miembro normal de la sociedad. «Ha ingresado a la mujer demasiado tarde», decían por todas partes.

Cuando fui a hablar con el hombre, cosa que sucedió de forma inesperada con ocasión de una visita privada que realicé, inmediatamente me di cuenta de que padecía un terrible conflicto de valores que había resuelto en contra de lo que su conciencia le dictaba. Esta idea me vino porque al paciente no se le podía hablar de otro tema que no fuera «su mujer». Era indudable que aún la amaba. Me describió con todo detalle la valentía con la que ella había aceptado el traslado al sanatorio y cómo había escondido las lágrimas cuando él la fue a visitar por primera vez. Yo seguí tanteando en busca de otros contenidos en su vida, pero todas las dimensiones de valores parecían haberse extinguido. Lo único que brillaba en él era la imagen de su esposa.

Tras la conversación, estuve media hora caminando de un lado a otro de un pasillo de la clínica con una lucha interior. ¿Podía decir lo que pensaba? ¿Podía aconsejar la corrección decisiva que a mí me parecía indispensable necesaria? Finalmente, volví a la habitación del hombre y le dije: «Señor M., levántese, solicite el alta del hospital y reduzca la medicación. Vaya a buscar a su mujer y vuelvan a casa. Usted no tiene ninguna enfermedad mental ni psíquica. Usted tiene algo que debe aclarar, y mientras no lo haga, nunca recuperará la